

EX-LIBRIS

COMO SE HACE UNA NOVELA, por *Miguel de Unamuno*.
—Editorial Alba, Buenos Aires, 1928.

«Este viejo español que no quiere morir», como dice Jean Cassou en el *Retrato* que sirve de prólogo al libro, sigue—voz que clama en el desierto—diciendo su tremante sermón laico, su áspera queja civil, lleno de mística congoja, desesperado de patriótica agonía.

Para quien conoce la obra total de Unamuno, y muy especialmente *La Vida de don Quijote y Sancho*, *El Sentimiento Trágico de la Vida*, *La Agonía del Cristianismo* y *Niebla*, el nuevo libro del maestro no hace sino proyectar nueva y encendida y cálida luz sobre este grande espíritu. Su fuego es fuego de fragua y de hoguera: forja y purificación.

U. Jugo de la Raza — el mismo Unamuno — viene a proseguir el diálogo con su autor iniciado por el personaje de *Niebla* y continuado en la singular y extraordinaria obra pirandelliana.

En las notas y comentarios, en el prólogo y en el epílogo, se siente, lleno de grandeza, palpitar un espíritu heroico y trágico. ¡Cómo crece día a día la figura del solitario de Hendaya!

Solo, en un país en que los intelectuales se dedican a hacer juegos malabares de ingenio o a vivir del presupuesto conquistando prebendas o sinecuras, Unamuno, que sueña en la eternidad, no abandona su deber de actualidad, y su poesía y su filosofía recogen la resonancia de la triste vida civil de España.

Se trata de restar importancia a la vigorosa y digna campaña de Unamuno hablando de su poca eficacia política. Cargo que no alcanza al maestro y que rebota, destemplado, sobre quienes tienen el impudor de formularlo. Es una acusación contra la insensibilidad civil del pueblo español y sus menguados conductores. Para el político y para el intelectual con librea,

el resultado es la medida de todo esfuerzo. Para el filósofo y para el intelectual puro, bastan las finalidades. A alta finalidad, alto esfuerzo. Los resultados son política, cosa secundaria.

Solo, conciencia heroica de su raza, don Miguel de Unamuno defiende el sepulcro de don Quijote contra la profanación de duques, curas, bachilleres y barberos.—R.

ANTHOLOGIE DE LA NOUVELLE POESIE AMERICAINE, par Eugène Jolas.—Kra. Paris, 1928.

Acaso por tratarse de un escritor bilingüe no dan los versos de esta antología la sensación odiosa de la traducción.

Condición del arte de traducir es recrear la obra original y este ideal es imposible cuando el traductor no es un poeta, un creador. Eugène Jolas salva el escollo hasta hacernos creer que los versos de los ciento veintiseis poetas norteamericanos que nos presenta en su libro parecen haber sido escritos originalmente en lengua francesa.

No somos jueces para apreciar la fidelidad de Jolas al texto inglés, pero sí podemos admirar sin ningún género de reservas la belleza múltiple y constante de las versiones francesas. Maravilla ver cómo el autor pudo respetar en cada poeta el ritmo diferencial, claro y distinto, mostrando estilos diversos en sus ondulaciones más recónditas. Poeta, sabe revelar a los poetas. Y sabe también dar una lección a quienes en España y en América, en nuestra América, se dedican a hacer antologías. Lección por la que, hace tiempo, clamábamos en vano.

Breves noticias de la vida y obra de cada autor, una ligera apreciación crítica y una ordenación, un sistema, un método. He aquí la arquitectura del libro. Muy fácil y, al mismo tiempo, muy difícil.

Jolas ha adoptado el orden alfabético para situar a los autores. Pudo haber adoptado el cronológico o la agrupación por escuelas. En todo caso, ha cumplido con lo esencial: que se vea un sistema de ordenación. Nos estábamos acostumbrando a sufrir libros, con pretensiones de antología, que no obedecían a ningún criterio.

Llama la atención el número extraordinario de mujeres que integran la actual poesía norteamericana. Una mujer, Léonie Adams, inicia el libro y otra mujer, Elinor Wylie, lo finaliza. Hay treinta y siete mujeres en un total de ciento veintiseis autores. ¿Estarán los norteamericanos relegando la poesía al íntimo rincón doméstico destinado a las labores femeninas? Más bien parece ser un síntoma de la independencia mental de la mujer.

Porque leyendo atentamente sus poemas se ve que las mu-